

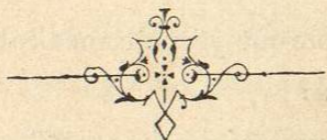
— ¡Ríndanse, jijos de la tiznada!

— Yo mantuve un pirulito.

— Con toa l'agua en el pie.

Era una cuadrilla de chinacos que pertenecía á la gente mandada por León Ugalde. Nos golpearon, nos dijeron injurias, nos amenazaron con matarnos y acabaron por subirnos en los más tristes y destrozados jamelgos que hallaron á mano.

Media hora después estábamos en Uruapan y quedábamos á disposición del general Arteaga.



CAPÍTULO VII

Uruapan

HUEGO que Gheude tuvo licencia para partirse, se despidió de mí con lágrimas en los ojos. Confieso que yo también las vertí al dejar la compañía de aquel gigante bueno como el buen pan y cariñoso más que un perro de lanas...

Pero no adelantemos las cosas y reframamos todo como mandan las reglas, despacio y por sus puntos.

Es, pues, el caso, que al llegar á Uruapan nos pusieron en el vetusto y destartalado edificio de la Prefectura, anunciándonos que no tardaría en llegar el personaje que determinaría lo tocante á nuestra suerte final. El sargento no hablaba palabra: eran ya demasiadas emociones para tan poco tiempo; los carceleros nos miraban ceñudos; la luz que penetraba por la claraboya del cuarto nos infundía terror.

— ¿Qué dices, Van Haens?

— Que vamos á estacar la zalea; nos hemos metido en la cueva del ogro.

Palideció Gheude, y reclinándose en la mugrosa banca de madera trató de conciliar el sueño; yo permanecí despierta, y tan sobresaltada, que casi no tenía fuerzas para moverme.

A las ocho en punto oí una voz melosa que decía:

— No tiene su mercé más novedad que la aprehensión de dos desertores belgas.

— ¿Belgas? preguntó una voz que me pareció conocer, pero que no recordaba á quien pertenecía.

— Sí, señor, desertores belgas.

— ¿De su campo?

— ¡Ah! no, señor; prófugos de Zirándaro.

— Vamos á ver.

Yo me había tapado la cabeza con mi capote, pero Gheude ostentaba la enorme y peluda testa, y sólo estaba cubierto de medio cuerpo abajo, con un zarape rojo, que parecía una ola de sangre.

— Este es un mancebito, dijo señalándome la voz melosa del alcaide.

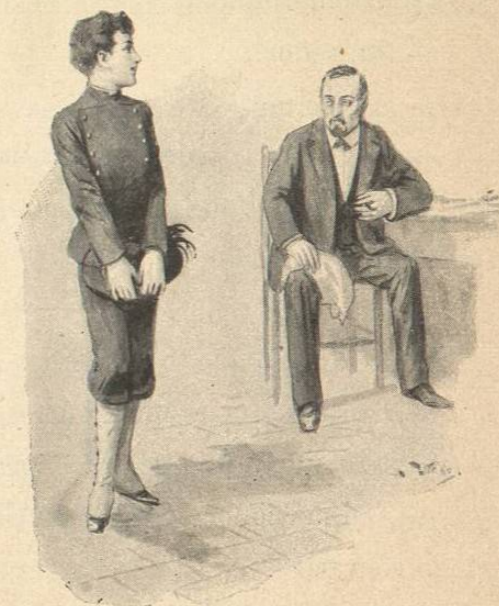
— Y este es Holofernes, dijo riendo el personaje á quien daban cuenta del caso.

— Destápate la cabeza, tú, me ordenó el alcaide.

Me descubrí violentamente... ¿Y qué vieron mis ojos? Al propio don Germán Caballero de los Olivos, un poco

más gordo, un poco más viejo, un poco más descuidado de traje, pero en la misma figura que gastaba en México cuando hablaba pestes de los nobles y de la nobleza.

— Pasen, ordenó don Germán, abriendo con llave una puertecita que seguramente comunicaba con su despacho. Entra primero tú, muchacho, me ordenó. — Y haciendo una seña al carcelero le dijo precavido: — Es menester interrogarles separadamente para que no se pongan de acuerdo.



Entramos al cuarto, don Germán encendió un fósforo, sacó un puro de quijada, lo tanteó, lo olió, lo acercó á la lumbre, y haciendo subir y bajar la flama de la cerilla, sacando, limpiando y poniéndose los anteojos, desdoblado un pañuelo de olancillo, y sonándose con él, empezó á interrogarme así:

— ¿Hablas español?

— Sí, señor don Germán.

— ¿De dónde eres? me preguntó asombrado de que supiera su nombre.

— De la ciudad de México.

— ¿De México?

— Sí, señor.

— ¿Pues no eres belga?

— Paso por tal, pero no lo soy.

— Traidor, entonces... Muy bien; ¿conque tú has sido de los bribones que...

— No, señor.

— ¿Cómo no?

— No, yo no soy de esos que usted dice.

— Hola, ¿conque lo niegas? Tan mal te fué entre ellos?

— Muy mal, señor.

— Me alegro que lo confieses.

— Tan mal que echo de menos el tiempo en que conocí á usted, cuando creí que era *el rigor de las desdichas*.

— ¿Tú me conoces? dijo don Germán abriendo los ojos de par en par.

— Mucho, señor.

— ¿Y en dónde me has visto?

— En México, en el siete de Vergara.

— En efecto, allí viví muchos años, refunfuñó el viejo mirándome con positiva extrañeza.

— Aun somos algo parientes.

— ¿Parientes?

— Un poco... parientes por afinidad.

— Vamos, ya caigo; tú serás de esa familia de ricachones que se apellida también Caballero de los Olivos.

— Algo pariente soy de usted, pero no es de por ese lado por donde nos viene el parentesco.

— ¿Pues por dónde?

— Una hija mía... está casada... con un hijo de usted.

— ¿Qué dices? ¡Tú te estás burlando de mí!... ¡Mi nuera no tiene padre!

— Pero tiene madre, señor don Germán... y esa madre es Josefina Fernández de Ubiarco y Alvarez de Bracamonte, viuda de Jecker... Y esa Josefina soy yo...

— ¡Dios mío! ¿pero tratas tú de burlarte de mí, ó yo estoy loco?... Ponte... Sírvase usted, señora, colocarse en dirección de esta ventana... La veré despacio, pero ni así creeré en lo que me cuenta... Es para perder el juicio... ¡Usted en Michoacán, usted disfrazada de hombre, usted prisionera de los republicanos, usted sujeta á mi jurisdicción!... Esto parece comedia de Lope ó de Tirso y no cosa que acontezca en pleno año de 1865... ¡Bendito sea Dios y benditos sean sus altos designios!... Y no cabe duda; si usted no es Josefina, es el diablo en su figura... Portentosa anagnórisis, que diría el arcediano Moreno y Jove.

— ¿Y Génie?

— Tan buena y tan guapa... Ahora me explico que hayan llegado tantas cartas dirigidas á usted.

— ¿Cartas de dónde? pregunté sobresaltada.

— De México, de Europa, ¡qué sé yo!

— Quiero verlas.

— Antes verá usted á su hija.

— Claro que la veré... pero... necesito esas cartas.

— Voy á avisarle á la muchacha.

— Sí, hágalo usted luego.

— Voy de un vuelo.

— Y no se le olvide decirle que traiga á los niños... y las cartas.

— ¿Niños? No hay más que uno... Pero haré una cosa: le mando á usted á la niña y me marcho á hacerle saber á Arteaga lo que pasa... ¡Es tan extraño su caso!...

— Haga usted lo que quiera.

Salió don Germán, y no tardaron en llegar Génie y doña Lorenza. Intentaría en vano pintar aquella entrevista inolvidable, en que ni mi hija ni yo sabíamos decir palabra, y en que todo lo suplieron las lágrimas, los sollozos y los besos. La niña estaba tan impresionada que fué necesario darla á oler no sé qué perfume; yo me sentía revivir, viendo que aquel encuentro aseguraba el término de mis daños, y la buena doña Lorenza, que tenía desarrollado en altísima tensión el don de lágrimas, las derramaba con tal profusión, que no parecía sino que habían abierto la compuerta de una esclusa que guardara las aguas de tres años de lluvias. Me olvidaba decir que Miguelín, el chiquillo de Eugenia, llenaba también la es-

tancia con sus gritos, pues se figuraba al ver llorar á tantas gentes que él no podía estar en silencio sin faltar al decoro. Durante un buen rato fué todo:

— ¡Mamacita de mi alma!

— ¡Hija de mi corazón!



— ¿Me perdonas?

— ¡Todo te lo había perdonado!

— ¡Cuánto habrás sufrido!

— ¡Mucho, vida mía! ¡Y todo por venir á buscarte!

— ¿A mí?...

— ¡A ti!...

— ¡Pero no será para llevarme lejos de aquí!...

— ¿Y esas cartas?...

— Están en casa.

— Pues manda traerlas.

— Más tarde será, mamacita; lo que importa es que te vistas como corresponde.

— ¡Ah! sí, tienes razón.

— Aquí tienes trajes míos; no sé cuál te vendrá ni si te parecerán propios para ti que estás acostumbrada...

— ¡Génie, por Dios!

— Este vestidillo negro...

— Está espléndido.

— Este tápalo...

— Muy bien está.

— Mi mantilla.

— No la he menester.

— Estos zapatos están sin estrenar... Pero soy tan *patona* y tú tienes unos pies tan lindos...

— Deja, tonta... Linda toda, tú.

Entonces paré la atención en Génie. Era mi retrato, pero mejorado en tercio y quinto. Más alta, mejor formada, con el pelo más rubio que el mío, y con un aspecto de bondad, de candidez, de inocencia, de ignorancia del mal, que yo no tuve ni en mis años infantiles, seducía é inspiraba respeto. Parecía una imagen de santa vencedora y pura, que atravesara la palestra del mundo sin sa-

ber que existían el mal ni los malvados. Y como no sabía ó no quería saber que fuera hermosa, la gracia le desbordaba amplia y gentil por los ojos azules llenos de candor, por la frente pura y nítida, por el cuello robusto y blanquísimo, por la boca formada sólo para decir palabras de sinceridad, de unción y de paz, y por todo el cuerpo recto, grácil y odorífero como una vara de nardos.

— Estás encantadora, la dije.

— Cuantos te conocen dicen que no soy ni tu sombra, que no tengo tu gracia, tu estilo, tu atractivo... y yo estoy muy contenta de eso.

— Los que tal dicen no saben lo que se pescan.

— Nada has cambiado; no pasa día por ti.

— ¡Aduladora!... ¿Y tu marido?

— Anda ahora por Oaxaca, por Sinaloa, ¡qué sé yo!...

— ¡Y lo dices tan tranquila!

— ¡Qué quieres que haga! Es su obligación.

— ¿Cuándo vino de Europa?

— ¡Hace más de un año que está aquí!

En un periquete me vestí; pero mi hija no cesaba de admirarme con mi disfraz de ópera cómica.

— ¡Qué ganas de que hubiera aquí quien te retratara!

— Prefiero que no haya para lograr olvidarme de este período tremendo de mi vida.

— Ya me contarás todo.

— Tan despacio como quieras.

Cuando Gheude me vió salir del cuarto vestida de negro, metamorfoseada de soldado en señora, abrió tamaños ojos y no sabía cómo asombrarse. Su única palabra fué:

— ¡Que no lo hubiera sabido!...

Y luego, reflexionando, añadió:

— ¡Con razón decíamos todos que tenía cara y maneras de mujer, y con razón tenía tal miedo de disparar la carabina!... ¡Lo que permite Dios!

Por más que se pretendió tenerlo callado, no tardó el vecindario de Uruapan (¿cómo podía permanecer oculta cosa de tanta importancia en un pueblo de tan corto vecindario?) en enterarse de pe á pa de toda mi lamentable historia, y casi no hubo señora ó familia que en algo se respetaran, que no acudieran solícitas á preguntarme qué había sentido el once de Abril, si me habían tratado bien los pintos, la hora en que solía levantarse Napoleón III, si eran largas ó cortas las narices de la Emperatriz y si el Emperador era tan gentil y bien plantado como referían los díceres. Yo respondía á todo, no sin mezclar, cuando la inquisición se profundizaba demasiado, grandes bolas que desorientaran á las y á los curiosos.

Tantos eran éstos, que con gran mortificación de

Eugenia me vi obligada á cerrarles las puertas, pues las nuevas de México eran dignas de llamar toda mi atención. Había recibido cartas de Juan Bautista noticiándome las faces del arreglo que había pactado con el gobierno del Emperador; pero el vizconde Lapierre no me escribía ni tenía noticias suyas que me confirmaran lo que mi cuñado me aseguraba.

La última carta del banquero era breve y terminante: Decía así:

«Mi siempre querida hermana Josefina: Aunque no nos has escrito desde hace tanto tiempo, me figuro que estarás buena y que tu silencio no obedecerá á enfermedad ó disgusto, sino á las dificultades que para comunicarse con el departamento de Michoacán existen desde hace tanto tiempo. Como no respondías á mis cartas, determiné averiguar el paradero del Lic. Olivos, y á él me dirijo para avisarte las nuevas, que no podían ser mejores, de nuestro negocio.

»Has de saber, pues, en primer lugar, que conseguimos se prescindiera, como requisito indispensable, de tu firma y de la de Eugenia: como tú no habías entrado ostensiblemente á formar parte de la compañía, el juez estimó que era obligación moral mía la de devolverte el dinero y sus réditos; pero que no había para qué constaran esos particulares en el contrato.

»Como tú comprendes, el negocio se simplifica me-

diante este arreglo, pues no necesitándose tu firma ni la de Génie, mucho menos se ha menester la de su marido. No te molestes, pues, en intentar pedírsela.

»Yendo á lo que más te debe interesar, te participo que ayer, 25 de Agosto de 1865, ante el notario Pérez de Lara, se otorgó escritura en que el Gobierno reduce los veintiséis millones de francos, que había reconocido primeramente, á 22.660,000, pues me vi obligado á dispensar 3.500,000.

»La suma total quedará recibida hasta el quince de Febrero del año entrante; por ahora recibí letras sobre París, y á tu representante el señor Lapierre le entregué en libranzas sobre dicha plaza 660,000 francos, que él probablemente descontará aquí, pues me dicen que las ofreció por cien mil pesos en diferentes casas. Como el plazo se cumple antes de dos meses, hay dinero para pagar los libramientos y no sé que tengas urgencia inmediata de fondos; me pareció extraña la diligencia del señor Lapierre; pero me abstuve de hacerle cualquiera observación figurándome que obedecía á instrucciones tuyas.

»Ya se entiende que esta suma que recibes es á cuenta de lo que te toca, hecha la liquidación de lo que introdujiste, de lo que tu capital aumentó por el arreglo (desgraciadamente no tan beneficioso como teníamos derecho á esperar) y de lo que hay que deducir por comisiones, regalos y gastos. Ya te lo explicaré todo, y mejor te lo ex-

plicará tu apoderado, á quien pasé una cuenta minuciosa y correcta de cuanto te concernía. Sólo te digo, por ahora, que hubo que hacer grandes inversiones y que poco nos quedará: el último á quien hubo que untar la mano fué el ministro de Hacienda Francisco César, que se llevó más de un millón en el arreglo.

»Como es claro, yo no estoy tan satisfecho como debiera, dado que lo que recibimos es notoriamente menos de lo que legítimamente nos debían; pero es preciso hacer á mal tiempo buena cara, ya que los franceses se portaron tan mal como los mexicanos después de la muerte de nuestro gran amigo Morny.

»Adiós, Josefina. Mucho las quiere á ti y á Génie,

JUAN BAUTISTA.»

«P. S. Acaban de decirme que el señor Lapierre descontó por fin tus letras y que saldrá en el próximo paquete. Siento no ser compañero de persona tan agradable, pues mis ocupaciones me retienen aquí y probablemente no lograré marcharme hasta el mes de Septiembre.

JECKER.»

Me quedé suspensa y afligida. ¿Qué significaba aquella puñalada de pícaro? ¿Por qué no me habían aguardado para ver de intentar cualquier arreglo? ¿Me habrían engañado Eloin, Jecker y el mismo Maximiliano? ¿Y por qué